

nar las murallas de la gran ciudad de los pelasgos. Pero al sonar la hora del combate los dioses amigos de Troya envían furtivamente al Amor, que se apodera de Aquiles. Aquiles, olvidado de su gloria y de la gloria de los suyos, se reposa fieramente en su tienda, y ve con ojos tranquilos cómo las espaldas fulminantes de los héroes de Ilión siegan las gargantas de los griegos como si fueran mieses de los campos. A pesar del estrago común y de la común ruina, Aquiles permanece en ocio torpe, hasta que la sangre de Patroclo pide venganza á los cielos; sólo entonces se levanta el coloso para arrojar su espada invencible en la dudosa balanza de los destinos del Oriente. De este modo un hombre deshace el maleficio de una mujer; la amistad es más benéfica que el amor; aquélla nos viene de los dioses amigos; éste de los dioses contrarios.

Lo que es Briseida para la confederación de los griegos, es Helena para la ciudad pelásgica. Sus impuros amores son una maldición terrible para Troya; una mujer es criminal, y la ciudad que le abrió sus puertas, y que la escondió en sus muros, es impura y abandonada de los dioses; multitud de legiones se lanzan para devorar el seno palpitante de la ciudad maldita.—*Amor, tú perdiste á Troya.*— Tal es la exclamación fúnebre, sepulcral, que ha llegado hasta nuestros oídos en alas de los tiempos, desprendida dolorosamente de las entrañas de las pasadas edades.

Eneas ha presenciado el incendio de la ciudad condenada irrevocablemente por el inflexible destino; y sin una estrella amiga que le guíe, huye lleno de pavor y se abandona en frágil barca á la voluntad de los dioses, á la volubilidad de las ondas y á la inmensidad de los mares. Los dioses, amigos de los pelasgos, habían reservado, para que echase los fundamentos de la ciudad eterna, al último descendiente de su generosa raza. Una mujer le detiene con sus encantos; el amor embarga con deleites sus sentidos y sujeta con redes de oro sus miembros. La intervención de los dioses del Olimpo fué entonces necesaria para arrancarle del seno de la nube misteriosa, que oculta-

ba con sombra apacible sus amores, y para hacer que se cumplieran en el mundo los irrevocables decretos de los hados.

Tantae molis erat romanam condere gentem..

Ulises surca las ondas por mares apartados; sobre las tersas aguas de los mares tiende su alfombra de verdura una isla perfumada; en esa isla deleitosa, que arrojó un dios en el desierto de la mar como un magnífico oasis, vive una mujer hermosa que deleita con su voz, que seduce con su canto, que fascina con sus ojos, que embriaga con riquísimos perfumes, y que aprisiona con una cadena de flores al incauto navegante. Jamás el Rey prudente entre los Reyes tuvo que luchar con un hado más adverso, ni sintió tocada su nave por un escollo más áspero. El amor, es decir, el embrutecimiento y la muerte, le aguardaban en la perfumada isla de la seductora sirena. Sólo el cielo, que se le mostraba apacible, pudo libertarle de los encantos de Calipso, mientras que su sagacidad y su prudencia habían podido libertarle de las asechanzas de los hombres.

La mujer es siempre, entre los antiguos, un ser maléfico, presagio de desventuras¹. El amor es siempre un impedimento para las grandes cosas y para las heroicas acciones; un obstáculo que se levanta contra los altos y generosos designios. Tales fueron el amor y la mujer en las sociedades antiguas, y tales son en la epopeya homérica y en la epopeya virgiliana.

Hasta aquí me he contentado con demostrar que, siendo el amor entre los antiguos un gran atentado contra las leyes, porque era el elemento perturbador de las jerarquías sociales, fué considerado siempre como una calamidad pública, como un solemne enatema lanzado contra los pueblos por los dioses. Ahora voy á demostrar que fué también una desgracia privada, y un principio de grandes y terribles infortunios.

Siendo la mujer de una naturaleza inferior á la naturaleza

¹ Adviértase que el autor no prueba nada de lo que dice; discurriendo, al parecer, como filósofo, déjase guiar de su propia fantasía.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

del hombre, su amor no fué considerado solamente como una debilidad degradante, sino como un crimen nefando, que debía expiar con los más punzantes dolores; si á esto se agrega que el amor de la mujer, como condenado por la opinión pública y por las costumbres, debió ser rara vez correspondido, no se extrañará que, falto de correspondencia, es decir, de alimento, degenerase en fiebre interior y en loco frenesí, y que produjera en las entrañas de la mujer los más horribles estragos.

El amor convierte en tigre á Medea y pone en su mano el puñal del parricida. El amor convierte á Fedra en un monstruo, espanto de los mortales y de los dioses; el amor la conduce hasta el incesto, hasta el suicidio. Safo ama, y desenfrenada bacante, la hermana de las musas, la señora de la lira, pone horror á las virgenes de Lesbos. Dido ama, y la Reina de Cartago se arroja como una furia rodeada de serpientes en el encendido abismo de la devorante hoguera.

Tal es el amor en las sociedades antiguas; dondequiera que aparece, allí va con él la cólera dei cielo; síntomas siniestros le anuncian; las turbaciones le preceden; los crímenes y los remordimientos le acompañan; los infortunios y las catástrofes le siguen. Con él se turban las familias, y se conmueven las sociedades, y vacilan y se desploman los Imperios. El amor en las sociedades antiguas no es nunca el amor: cuando no es el deleite, es un delirio.

En los cuatro artículos que he dedicado, primero, á fijar la cuestión que se ventila, mucho tiempo hace, entre dos escuelas opuestas, y segundo, á manifestar la correspondencia íntima, profunda que existe entre la civilización y la literatura de las sociedades antiguas, no me propuse nunca formar un tratado de Estética, sino abrir un camino más filosófico y más ancho á nuestra crítica literaria, y sobre todo demostrar que si en las obras de las artes hay ciertos tipos de belleza que son eternos y absolutos, hay también principios que, teniendo su origen en el carácter especial de la civilización de un pueblo, pasan cuando esa civilización ha pasado.

Esa manifestación será elevada al grado de un principio lógico, indestructible, en los artículos siguientes que pienso dedicar al rápido análisis de la literatura y de la civilización, que son propias de las sociedades modernas. Sólo cuando nos hallemos en posesión de la índole y de la naturaleza especial de esas dos sociedades y de esas dos literaturas contrarias, nos hallaremos en estado de distinguir cuáles, entre los principios de buen gusto, que para el vulgo de los críticos pasan por axiomas, son inmutables y eternos, y cuáles inestables y contingentes. Entonces, y sólo entonces, podremos, con conocimiento de causa, ajustar de un modo conveniente las diferencias que existen entre los clásicos y los románticos.

V

La antigua civilización debió pasar en el mundo como deben pasar todas las civilizaciones idólatras y materialistas, tocadas de esterilidad y de parálisis, y condenadas por sus vicios interiores á una precoz decadencia. Sujeto á la más ignominiosa servidumbre, y enervado con la prostitución y los deleites, el Imperio romano no fué poderoso para conjurar la tempestad que se levantó en su horizonte, y las legiones de los Césares retrocedieron espantadas en presencia de las huestes que se lanzaron sobre Roma desde las nieves del polo.

El Imperio á la sazón había perdido su entusiasmo, única virtud que Roma había podido conservar por largo tiempo después de la destrucción de la República, y con el entusiasmo se extinguió en su seno la vida, porque él es el único que sostiene á las sociedades materialistas y guerreras. Sus triunfos de gloria se habían trocado en acentos de adulación y de mentira. Necesitado de hombres grandes para que sostuvieran en sus hombros su inmensa pesadumbre, recibió en su lugar todos los dioses de las naciones subyugadas; y con todos sus dioses, todos sus delitos, demasiado orgulloso en medio de la decrepitud

para ser gobernado por hombres, colocó á los que le gobernaban en el número de sus divinidades, y los levantó sobre un altar, exponiéndolos así á las adoraciones del mundo; pero no fueron bastante para librar del puñal de los feroces pretorianos á los Emperadores de ese pueblo envilecido, ni esa divinidad ni esas adoraciones. Si el Imperio romano tardó mucho tiempo en vacilar y destruirse, fué porque el nombre de la ciudad de los Emilios y Escipiones velaba por la conservación de la ciudad de los Calígulas y los Tiberios; fué porque el genio de la antigua Roma, sentado como un fantasma aterrador sobre sus anchos límites, le dió un aire aparente de grandeza, cubriéndole con sus alas protectoras; pero el prestigio pasó al fin; los dioses amigos de la Ciudad Eterna abandonaron á su suerte el Capitolio, que abrió sus puertas de bronce á las nuevas razas de hombres que le asaltaron en tumulto.

En esta revolución concluyen las Edades pasadas y comienzan las presentes. Los siglos bárbaros no han sido nulos para los adelantos de la civilización, que sin ellos no hubieran existido jamás. El filósofo no puede considerarlos sino como el gran eslabón de la cadena que une á la civilización moderna que nace, con la civilización antigua que se extingue. La barbarie suspendió por algunos momentos, en verdad, la marcha del saber; pero la existencia de un pueblo envilecido le hubiera sofocado para siempre.

La revolución que destruyó el Imperio romano es una de aquellas revoluciones que, produciendo un sacudimiento terrible en el mundo moral, deciden con su poderosa influencia de la suerte de los hombres y del carácter de los pueblos: una de aquellas revoluciones que son raras en la historia del espíritu humano, porque, produciendo un desnivel absoluto en el sistema de nuestros conocimientos, y alterando notablemente nuestra manera de sentir, aunque por ventura duren un instante, sus efectos duran muchos siglos. Nosotros nos resentimos todavía de esta revolución moral que sufrieron nuestros padres, y observando la diferencia que existe entre las ideas que

produjo en ellos y las que tuvieron las sociedades antiguas, veremos la diferencia que hay entre la antigua y la moderna civilización.

Los principios dominantes entre los conquistadores eran absolutamente opuestos á los que dominaban entre los conquistados; los segundos eran materialistas en medio de su civilización y su cultura: los primeros eran espiritualistas, á pesar de su rudeza y su barbarie.

Antes de la destrucción del Imperio, el mundo creía aún en la fatalidad como en un dogma; después de la destrucción del Imperio, la Providencia de Dios destronó á la Fatalidad de los gentiles, y ese dogma saludable penetró en las costumbres de los pueblos y dominó en la conciencia de los hombres.

Antes de la destrucción del Imperio romano, el mundo había levantado altares á la fuerza; la tiranía y la servidumbre eran dos cosas legítimas, porque los fuertes habían nacido para mandar y los débiles para obedecer, resultando de aquí que la insurrección era legítima siempre que estaba consumada, porque una insurrección consumada es una insurrección acometida por los fuertes; por eso fueron legítimos todos los Césares que salieron del Pretorio. El Pretorio daba la legitimidad porque era el depositario de la fuerza.

Después de la destrucción del Imperio romano, los humildes y los poderosos, los débiles y los fuertes, fueron iguales en presencia del Señor; la fuerza abdicó el imperio del mundo en manos de la justicia: los brazos obedecieron al espíritu: la autoridad pública se revistió de un carácter augusto, porque estaba protegida por la idea de su derecho: la idea de la obediencia dejó de estar asociada á la idea de la servidumbre, porque no nació, como antes, del sentimiento de la debilidad, sino que fué enaltecida y santificada por la idea del deber. Por eso los Pontífices de Roma, débiles y desarmados, vieron prostrados á sus pies á los señores del mundo; por eso el derecho de la autoridad legítima no prescribió nunca en presencia de la insurrección victoriosa.

Y, sin embargo, en aquellos siglos de obscuridad y de barbarie el mundo fué teatro de insurrecciones, de escándalos, de discordias, de rencores y de crímenes. Esto sólo quiere decir que, cuando el mundo moral comenzaba á hallarse en posesión de los principios de orden, las sociedades continuaban agitándose en las convulsiones de la anarquía. Los principios no eran todavía poderosos para dominar á los hechos; para dominarlos definitivamente debían dominar antes definitivamente á los espíritus, y esa dominación es siempre lenta, como todas las dominaciones durables.

Antes de la destrucción del Imperio romano, las sangrientas pasiones de los hombres tenían tres respiraderos inmensos, á saber: el teatro, el foro y el circo. Después de la destrucción del Imperio romano, las ciudades más populosas se convirtieron en vastas y profundas soledades: el teatro, el foro y el circo quedaron silenciosos y desiertos; la actividad devorante del hombre no tuvo más horizonte que una solitaria fortaleza: su circo, su foro y su teatro fué el hogar de su familia.

Entonces sucedió que el hombre, apartando sus ojos de las tempestades del mundo, los clavó en el apacible semblante de la madre de sus hijos; entonces conoció que la que había sido su esclava podía ser su compañera.

Entonces sucedió que, no pudiendo el alma esparcirse con los espectáculos exteriores, se arrolló dentro de sí propia como en su tabernáculo escondido ¹.

Entonces sucedió que se vió asaltada de repente de nuevos pensamientos, de nuevas imaginaciones y de nuevas ideas. Si el horizonte del mundo exterior le había parecido grande, el horizonte del mundo interior debió revelarle la idea de lo inmenso y de lo infinito.

El politeísmo, materializando al hombre, le obligó á esparcir su pensamiento por los tesoros y las maravillas de la tierra.

¹ Esta explicación mecánica de la vida interior es un lunar que deslució la belleza del cuadro que aquí traza Donoso, inspirado, como siempre que es grande y bello, por el genio del cristianismo. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

La Religión cristiana, dirigiéndose á su espíritu, le elevó en las alas de la caridad y de la fe, y le lanzó por los abismos de la eternidad y por los rumbos del cielo. El politeísmo derramó sobre la faz de la tierra todos los encantos de la fábula; porque la tierra, para los gentiles, era un magnífico palacio adornado por la divinidad para recibir á los hombres. La Religión cristiana llamó á la tierra *Valle de lágrimas*, para dar á entender que era una débil tienda, abierta por la mano de Dios por una hora para que dispensase breve reposo al cansado peregrino.

Por eso, cuando la Religión cristiana vino al mundo, la tierra no estuvo ya vestida á los ojos de los hombres con su vestido de boda; sus oráculos callaron; desaparecieron sus náyades y sus ninfas, y postrada ante Dios, la naturaleza fué condenada al silencio.

Los dioses del Olimpo habían dicho á los hombres: "Entregaos á los deleites." Y los hombres, esclavos de esta voz, se precipitaron en pos de los placeres carnales. La Religión cristiana nos dijo: "Expiad con la penitencia vuestros crímenes; fortaleced con la oración vuestros espíritus." Y los hombres se vistieron de jerga, y maceraron sus carnes, y abandonaron las ciudades populosas, y adoraron á Dios en los desiertos.

Una revolución tan intensa en la manera de ser y de sentir de los hombres, debió producir necesariamente una revolución análoga en la manera de expresar sus sentimientos. De lo contrario, sería forzoso suponer que es compatible la flexibilidad de la substancia con la inflexibilidad de la forma, que se ha hecho para ella, lo cual es un absurdo evidente.

Lo que dicta la razón, está confirmado por la Historia; los dioses que enmudecieron en el Olimpo, las ninfas que abandonaron el mundo, no fueron invocadas por la voz de los poetas, ni profanaron su lira. La poesía cristiana proclamó el culto del *espíritu* y proscribió el culto *de las formas*. La poesía de los gentiles fué sobria de sentimientos y rica de imágenes; la poesía de los cristianos fué sobria de imágenes y rica de sen-

timientos. Ni podía ser de otro modo; como que los sentimientos nos vienen de la meditación, y las imágenes nos son sugeridas por la materia. La poesía de los gentiles cantó la naturaleza física, describió su pompa, sus galas, su animación y sus colores. La poesía cristiana tendió un crespón fúnebre sobre la naturaleza silenciosa, y, despreciando sus acordadas armonías, se arrebató con los sublimes conciertos de las arpas de los ángeles.

La musa de los gentiles estaba coronada de alegres siempre vivas; la musa de los cristianos de melancólica verbena; la primera sobresale cuando canta la felicidad de los placeres: la segunda cuando gime sobre nuestros infortunios, y cuando cuenta, por los latidos de nuestro corazón, nuestros dolores. Estas dos musas se han dividido el imperio de los mundos. El imperio del mundo moral pertenece á la musa de los cristianos; el del mundo físico á la de los gentiles; por eso la de los cristianos tiene sus ojos clavados en el cielo, y la de los gentiles en la tierra.

Tales son los hechos históricos: yo ni los combato ahora ni los defiendo; los consigno, y lo que es más, los explico por las grandes catástrofes sociales que han afligido á los pueblos.

Más adelante veremos si esas dos musas son hermanas ó enemigas, y si entre esos dos mundos hay un abismo sin puente ó una cadena que los une. Por ahora me basta consignar aquí como un hecho que esas dos musas y que esos dos mundos tienen una existencia distinta, lógica é históricamente necesaria, que ni los clásicos ni los románticos pueden rebelarse contra su legitimidad común sin rebelarse al mismo tiempo contra la razón y la Historia.

Mientras que el materialismo y el espiritualismo sean dos escuelas filosóficas ¹, el romanticismo y el clasicismo serán dos

¹ El materialismo no es escuela filosófica, pues no conoce sino lo puramente sensible y desdeña el estudio de las causas que investiga la Filosofía, y no puede servir de base á ninguna escuela literaria, ni clásica ni romántica. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

escuelas literarias; sin que se destruyan las primeras, no pueden ser destruidas las segundas; y las primeras existieron ayer, y existen hoy, y existirán siempre, porque existirán siempre, como existieron ayer y existen hoy, el alma y el cuerpo, el espíritu y la materia, Dios y el mundo ¹.

La cuestión consiste en averiguar si esos elementos indestructibles están condenados á un perpetuo antagonismo, ó si es posible entre ellos una absoluta concordancia.

VI

En mi artículo último procuré demostrar que la destrucción del Imperio romano, obra de naciones bárbaras y de una Religión divina, fué una revolución inmensa para las sociedades humanas; y que esa revolución, habiendo alterado profundamente los hábitos y las creencias populares, produjo también un trastorno en la literatura de los pueblos: trastorno que fué lógico é históricamente necesario, porque la literatura no ha tenido el privilegio de existir como una abstracción independiente de las revoluciones del mundo, de las mudanzas de los hombres y del transcurso de los siglos.

En el mismo artículo procuré reducir á cláusulas breves y precisas las diferencias generales que entre una y otra Religión, entre una y otra sociedad, entre una y otra literatura existían. Hoy me propongo examinar más detenidamente este asunto, haciendo algunas aplicaciones especiales de los principios que entonces di por sentados.

El principio de la asociación fué el que prevaleció en el mundo mientras duró la existencia de las sociedades antiguas; consagrado el ciudadano á la vida pública, no conoció los placeres de la vida privada. El foro no consintió al hogar de la

¹ No es ésa la razón de existir el materialismo; la razón de este y de otros muchos errores es que el hombre *cum in honore esset, non intellexit: comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis.* (Ps. XLVIII, 13.) — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)